

## PRESENTACIÓN

La presentación de unas teorías no es una teoría, pero sí puede ser un marco de teorías. Si en algo está complacido este coordinador es en estas dos cosas: 1<sup>a</sup>) La excelente altura/profundidad de las colaboraciones de este nº de *Revista de Investigación Lingüística*. 2<sup>a</sup>) La siempre deseable fotografía actualizada de la temática que se trata.

Una íntima satisfacción me acompaña desde que iba recibiendo los distintos artículos: reflejaban en su conjunto el estado de la cuestión. Poco importaba que unos u otros coincidieran con mis opiniones, porque todos ellos ponían sobre el papel las diferentes perspectivas del texto. Queríamos aportar algo al conocimiento del texto, y algo con fundamento, algo serio, algo científico. Por eso titulamos el volumen MÁS DE CIENCIA DEL TEXTO. No se trataba de comentar lo que otros dicen sobre el texto (Loureda se adentra algo en la faceta metatextual) porque en ese caso lo hubiéramos titulado “sobre” la ciencia del texto, sino que queríamos escuchar –no sólo oír- las voces actuales sobre el texto. Queríamos añadir, concentrados en una sola obra, los movimientos que componen la sinfonía textual contemporánea.

Es imposible ponerse de acuerdo en una definición del texto, ni siquiera en una descripción del mismo. Menos complicado será explicitar la concepción que se tiene del texto desde hace siglos, aun en medio de todas las alternancias y características propias del estado de la lingüística. El texto es una unidad comunicativa, relativamente cerrada, cuyos miembros están cohesionados entre sí. A partir de ahí

empiezan los distintos caminos: texto vs. discurso, sistema vs. infinita individualidad, gramática transfrástica vs. textología, pragmática vs. lingüística del texto, etc.

Todavía no estamos en condiciones de abarcar, de analizar sus cimientos y de sintetizar lo que ha ocurrido en lingüística después de la II Guerra mundial. Vemos fenómenos aislados: sociolingüística, texto, actos de habla, análisis del discurso, generativismo, actos realizativos, pragmática, actualización de la gramática de siempre, nueva filología, etc. ¿Qué conexión hay entre ellos? Parece que todavía nos falta perspectiva, pero, al igual que hace cien años ocurrió con la ciencia en general, en las cabezas de cuantos estamos interesados va anidando un afán “integrador”. El panorama es tan exuberante y proteico que espontáneamente surge la tentación de quedarse con todo, pero, al mismo tiempo, sentimos que para quedarse con todo, hay que organizarlo.

¡Ojalá no quede estropeado el pensamiento de los autores en la breve entrada a cada uno de ellos que hago a continuación!

Jean-Claude Anscombe no habla “del texto”, pero sí habla de textos. Como tal se puede considerar la paremia, que es una subclase de la categoría más amplia de las *formas sentenciosas*. Que las paremias «Más vale avenencia que buena sentencia», «No se puede pedir peras al olmo», «Quien hace un cesto, hará ciento», etc., sean expresiones breves no es razón para no considerarlas texto, como es una obviedad para cualquiera que esté mínimamente introducido en estas cuestiones; como tampoco es óbice para el concepto de texto el que tal tipo de unidades puedan ser engullidas frecuentemente por textos más amplios. Anscombe no diserta sobre el carácter textual de las paremias, pero al defender su índole lingüística (y no meramente estilística, etnológica, etc.), está claro que sienta el fundamento para una (legítima) consideración de la paremia como texto.

Bernárdez propugna, especulativa y empíricamente, una línea de continuidad entre tres niveles de lengua: léxico/oración/texto. Dentro principalmente de la teoría cognitivista ofrece otro firme e indiscutido apoyo (ya lo había hecho en *Teoría y epistemología del texto*) a la consideración del texto como un nivel del “sistema” de la lengua. No hay ruptura entre, por un lado, los niveles fonémico, morféxico, lexémico y sintáctico, y, por otro, el texto, como si sólo aquellos perteneciesen al sistema, y este fuese un “antisistema”. Hay ósmosis entre este y aquellos. Colabo-

ran comunicativamente todos ellos en la construcción y la percepción de la “misma” realidad que categorizan. Diríamos que entre palabra, oración y texto se da, si no un isomorfismo -porque entre ellos se produce un obvio salto de nivel-, sí al menos un *cuasimorfismo* pues guardan una continuidad semántica entre sí.

Casado, Garcés y Llamas se sitúan en la vertiente “realizativa” del texto (la otra es la “sistemática”), la dimensión propiamente discursiva. En ella se gestan y se desarrollan las potencialidades del sistema. El ámbito que posiblemente más aporta al discurso y, a la vez, más recibe de él es el ámbito léxico. La realidad es el intrínseco acompañante del discurso, a la vez que un incómodo aspirante a colarse entre los pliegues de las pruebas teóricas. Y el léxico es el campo donde se libra la batalla entre significado y referente. Por eso es tan conveniente marcar la conexión entre el discurso y la riqueza léxica, como hace Casado.

Es sabido que hay quienes distinguen entre texto y discurso, y hay quienes no distinguen entre uno y otro. Entre los que distinguen se ve el texto como construcción teórica, modelo abstracto, y el discurso como unidad observacional, realización de textos, o bien el texto como totalidad lingüística específica más allá de la suma de frases, y el discurso como organizaciones transfrásticas enmarcadas en un determinado tipo, bajo unas condiciones de producción socio-históricas.

Una de las cualidades exigibles a todo discurso es una línea expositiva razonable, o sea, que sea coherente de principio a fin, que manifieste una clara cohesión entre sus miembros, que no encierre contradicciones, que esté bien organizado, etc. Esta cualidad la aportan los llamados (en su corta tradición) *marcadores del discurso*. Ellos son una expresión de metalenguaje en una inextricable simbiosis con el lenguaje primario. Tienen unas funciones que no se limitan al ámbito discursivo, sino que afectan a la vez -y casi siempre por igual- a las oraciones, a los sintagmas...; además, no sólo “señalan”, sino que también “relacionan” -como muestran Garcés y Llamas-; por estas razones creo que haríamos bien en denominarlos **conectores secuenciales**. Tales conectores son morféxicos (Garcés) o lexémicos (Llamas: *anáforos* que cambian a tenor del discurso).

Estas unidades, como conjunto, y cada una de ellas en particular, tienen un significado, que es sistemático. Además, cada una goza de varios sentidos. Un ejemplo. La unidad *o sea* tiene el significado de explicación, pero diferentes

sentidos que emanan de ese significado: reformulación, explicitación, ponderación... No existen varios *sin embargo, bueno, en realidad...*, sino diferentes sentidos y funciones. Como en el caso de las conjunciones, en estos marcadores se funden función y significado/sentido.

Loureda presenta la amplia y fértil variedad de los acercamientos teóricos al texto, sin descartar los anclajes retórico-estilísticos. Ofrece, en consonancia con el título, una síntesis entre la sistematicidad del texto y su individualidad. Trata de asentar en la sólida base coseriana las restantes visiones prolíficas actuales. Expande con conexiones conceptuales las ya múltiples relaciones reales que surgen a propósito del texto, la pragmática, etc. La hermenéutica textual que propone viene a “descongestionar” a la pragmática de los muchos cometidos que ésta había venido acumulando (recuérdese que Ramón Cerdá decía en 1995 que la pragmática «reúne y trata de integrar un buen número de datos esparcidos por el ámbito metodológico de otras» disciplinas). Pues bien, Loureda amplía el texto con elementos que lo enriquecen, que están ahí -bien en su propio interior, bien en su periferia- para robustecer su también necesaria vertiente sistemática.

Trives bucea muy hondo. Para él el texto o está circunstanciado o no existe. Mantiene la nave del discurso como responsabilidad del dicente. Expone la relación que Ortega y Gasset mantiene con el texto y ahonda en dicha relación sacando a superficie los planteamientos de toda una cohorte de lingüistas-pensadores (Weinrich, Greimas, Heger, Barthes, Pottier, Tesnière, Rastier...) que vienen a confirmar que Ortega, más pensador que lingüista, caló en lo más profundo de la lingüística del discurso.

Van Dijk nos lleva al terreno en el que advertimos que el lenguaje no es inocente. Los poderosos de la sociedad conocen cosas que filtran para que los ciudadanos las conozcamos de “otra” manera. Teoriza y ejemplifica sobre el Análisis Crítico del Discurso (ACD), sobre la manipulación por el lenguaje, sobre los usos y abusos de la palabra. En nuestra vida ordinaria contamos con algunos supuestos aceptados en general, que son verdaderos sólo en apariencia, pero erróneos en la realidad. De entre estos últimos menciono aquí tres: 1º) Las cosas son como son. 2º) Lo que pensamos de las cosas es lo que son. 3º) Lo que decimos es lo que pensamos. Los tres supuestos indicados tejen una afirmación, no siempre dicha

con palabras: «Lenguaje = verdad = realidad». Esto es una falacia, una creencia ingenua, que está desmentida no sólo por un análisis riguroso (científico, epistemológico...), sino también por acumulación de experiencias. Y nos topamos con el texto. Hablamos por textos; lo cual quiere decir que por textos decimos lo que pensamos, que por textos mentimos, que por textos acertamos, que por textos nos equivocamos, que por textos manifestamos nuestra visión del mundo, que por textos defendemos nuestros intereses, que por textos agredimos y nos defendemos, que por textos... usamos y abusamos de la comunicación.

Si tuviéramos que hacer una sinopsis de las diversas contribuciones, pondríamos, como conclusión, el siguiente recorrido temático-cronológico. Lo-ureda y Trives nos ofrecen un marco temporal, espacial y conceptual para las actuales pesquisas sobre el texto/discurso. Bernárdez presenta las conexiones del texto con el sistema. Anscombe y Van Dijk reclaman la atención lingüística a textos que se hallan fuera del circuito clásico (retórico, literario...) o de los métodos habituales (tema, rema, isotopía...). Finalmente, Casado, Garcés y Llamas muestran el enraizamiento discursivo de fenómenos léxicos.

RAMÓN ALMELA PÉREZ  
UNIVERSIDAD DE MURCIA  
*ralmela@um.es*